

10-3-46 (1946)

Amadísimos fieles

De un confín a otro del mundo se reconoce hoy las admirables virtudes y dotes que adornan a nuestro Pontífice el Papa Pío XII, cuya figura se va agigantando día por día. En todas partes se rinde hoy un homenaje de admiración a su bondad sin límites, a la elevación de pensamiento capaz de abarcar en sus arbitros a todo el mundo, a su ciencia y a su prudencia extraordinarias, a su tacto exquisito, en una palabra, a su personalidad tan destacada en todos los campos del saber, de la diplomacia, de la santidad. A sus pies acuden a besar reverentes su anillo pastoral hombres de todos los continentes, de todos los colores, de todas las religiones, de todas las clases, de todas las categorías y ese desfile interminable de personajes que van desfilando por el Vaticano es un espectáculo sin precedentes en toda la historia de la Iglesia y hasta de la humanidad, pues no ha habido ningún mortal que haya recibido un homenaje tan unánime de la humanidad entera. Diríase que ha debido encarnar tan visiblemente la verdad y el bien, que la verdad y el bien que indudablemente poseen una fuerza de atracción similar a la que posee nuestro planeta para atraerse a sí los objetos de su periferia, en esta ocasión están arrastrando hacia el Papa Pío XII todo lo sano, todo lo bueno, todo lo digno de toda la humanidad.

Acaso parte de esta admiración deba su origen en muchos sectores a las cualidades personales del actual Pontífice, pero es cierto que en el fondo hay algo más que una simple atracción personal, debida a a las cualidades personalísimas de un gran hombre como pocos se dan en la humanidad, hay algo más que perdurará y sobrevivirá a la existencia o presencia de un pontífice. Tras el reconocimiento a las cualidades personales que providencialmente son tan extraordinarias en el Papa reinante, tras esa adhesión y atracción personal, no es difícil encontrar hoy una corriente general de admiración y aproximación a la institución pontificia, institución papal representada a lo largo de veinte siglos de historia por una serie interminable de doscientas sesenta y tres papas y actualmente tan dignamente ocupada y representada. Indudablemente viene abriendo paso después de romper tantos prejuicios y vencer la indiferencia y hasta el odio de tantas calumnias la fé que un día fué patrimonio común de todo el mundo civilizado, la fé en Pedro y sus sucesores, la fé en el Vicario de Cristo, fuente y origen de la unidad y depósito perenne de la verdad. Y en este sentido tampoco nos faltan testimonios admirables que revelan que vamos caminando, marchando a pasos ligeros y rápidos hacia la misma unanimidad de pensamiento, apenas turbado hoy ni por los mismos protestantes y hasta por personas descreídas, pero al fin y al cabo de buena voluntad y fieles a los conceptos tradicionales de moralidad, que son los únicos que pueden asegurarnos una convivencia pacífica y nos pueden librar de una nueva época de barbarie.

Qué sorprendente resulta en este sentido que en libros escritos por autores a quienes les hemos visto catalogados entre los enemigos más intransigentes y acerrimos de la Iglesia católica como ha sido por ejemplo el jefe del socialismo francés Leon Blum nos digan en obras como la suya últimamente aparecida, escrita después de muchas horas de reflexión en el cautiverio, que la Iglesia, que es pacífica por esencia y por función debe estar presente en el Cuerpo Internacional, siendo su presencia garantía de que el día de mañana y en el mundo del porvenir contarán los hombres con las fuerzas morales y espirituales, que son las que pueden asegurarnos una existencia digna y librarnos de caer en una nueva época de barbarie y salvajismo. Su cooperación activa, añade, permitirá elevar a un plano superior y arreglar mediante concordatos todos los litigios que suelen enredar la paz dentro de las naciones.

Qué extraño resulta que protestantes tan destacados y al mismo tiempo

po hombres públicos, cuya opinión tiene tanta resonancia como es por ejemplo un Stafford Cripps, Ministro actual laborista de Industria y Comercio en otra obra suya recientemente publicada se atreva a decir que no adoleciendo precisamente hoy en día de progreso técnico, sino de una completa falta de dominio moral de nuestras conquistas materiales, la Iglesia, cuya función o misión es crear conceptos morales que imponen cambios morales, tiene sobre sus espaldas la tarea más urgente e indispensable para cuyo éxito será necesaria la disciplina y la organización, <sup>que debe tenerse</sup> cuya falta tanto se lamenta entre los protestantes siendo la misma la causa de su ineficacia y de esta forma discreta rinde un homenaje de reconocimiento a lo que tan duramente han condenado siempre los protestantes.

No vamos a multiplicar los testimonios aun cuando podríamos seguir aduciendo una serie de ellos muy hermosos, que vienen a ser otros tantos elogios de la institución pontificia. Recalquemos que es admirable el espectáculo que nos ofrece en estos momentos la humanidad en torno a la silla de Pedro. Seguramente nunca en la historia se ha dado una unanimidad de pensamiento y aspiraciones en torno a la misma, una unanimidad de reconocimiento de las dotes personales y unanimidad de admiración a la institución pontificia, que tampoco ha aparecido rodeada de tanta gloria, viniendo a ser en un mañana próximo el lugar de cita y de concordia de todos los hombres de buena voluntad, de todos los que anhelan la paz y el orden de la humanidad.